



**Benjamín Padilla**

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

## **Los cobradores amables<sup>3</sup>**

Todo cobrador, por el sólo hecho de serlo, es un ser feo, chocante, repulsivo.

Es el verdugo de nuestros bolsillos. El asesino de nuestro bienestar. La sombra de nuestras dichas. Es nuestra conciencia vestida de paisana, que se nos anda apareciendo cuando menos los esperamos.

El cobrador sin cartera, ex cátedra, digamos, puede ser apreciable caballero, digno de que se le ofrezca de corazón una copa. Pero, en funciones, es apenas acreedor a una paliza: despierta nuestras iras y hasta nos hace concebir ideas criminales.

Por todo esto se comprende que, para ser cobrador, es preciso, en primer lugar no tener callos; ser cruzado de andarín; poseer una paciencia que haga enojar al santo Jacob y un lomo donde se resbalen insultos, malas caras, cerrones de puerta y otras

demostraciones del mismo pelo. Hay que convenir en que es un desahogo humano y sabroso hacer gala de nuestra soleanía en nuestra cara (cuya renta no hemos pagado) cuando va el cobrador a llevarnos el recibo.

«¡Le he dicho a usted mil veces que me lo lleve al despacho...! ¡Aquí vengo a descansar, no a que me molesten!».

«¡Pero mil veces lo he llevado al despacho y nunca está el cajero!».

«¿Eso quiere decir que soy sinvergüenza? ¡Salga usted o lo demando con el gendarme!».

Se experimenta cierto gozo al encontrarse con un cobrador malcriado, porque ellos son válvula de escape de nuestras iras. «¡Es usted un bribón, malcriado!».

A veces llega la ira hasta hacer recuerdos poco afectuosos de la familia.

El cobrador, si tiene disposiciones para el empleo, debe callar y sonreír. Oír las vigas como si le dijeran que «¿tomas?» y en todo caso contestarlas de la camiseta para dentro.

Pero la última creación en cuestión de cobradores, son los cobradores cariñosos y educados. Éstos ponen los vellos de puntas; sublevan el ánimo; revuelven el estómago; alborotan la bilis; interrumpen la digestión.

Llega él, muy peinado, excesivamente atento, besándose las rodillas de puro respeto.

«¿Cómo está usted señor? ¿Cómo está su estimable familia? ¿Bien? ¡Cuánto lo celebro! Perdóneme señor que venga a importunarlo: yo no quisiera porque usted es persona ocupadísima a quien estimo y respeto...».

Y después de un exordio pronunciado con voz melosa y actitud sumisa, ¡va presentándole un facturón que causa frío! ¿Habrà alguno que tenga corazón de arremeter a palos contra aquel buen señor, casi cordero, que se presenta cargado de excusas y lleno de mieles y flores?

¿Habrà quien se atreva a dejar chato de un cerrón de puertas a aquel buen sujeto, que más que cobrador es un tratado de educación con pantalones?

Yo, al menos, no tengo corazón tan duro ni valor tan grande. Me como mi bilis. Me muerdo un brazo o cualquiera otra cosa, y en cuanto se va, reviento como un zopo, mientras el atentísimo cobrador me hace la última caravana desde la orilla de la banquetta...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

